RADIO EXTERIOR DE ESPAÑA.

(Comentario del 4 sept. 1986)

El verano ha sido trágicamente pródigo de incendios. Sólo en Catalu;a se han quemado unas 50.000 hectáreas. Esta es sin duda una tragedia nacional que, de no atajarse, puede convertir a una gran parte del pais en un verdadero desierto. Por consiguiente una de las tareas políticas máś urgentes es buscar soluciones a este enorme problema colectivo.

Existe,sin duda, un problema de educación y de toma de conciencia de la gente. Aunque varios de los incendios han sido provocados criminalmente, la mayoría se han debido a imprudencias lamentables: fuegos encendidos sin ninguna precaución o mal apagados, colillas tiradas en la maleza reseca, cohetes lanzados alegremente, automovilistas inconscientes, etc.

Pero ninguno de estos incidentes tendría que convertirse en catástrofe colectiva sino mediase otra circunstancia, a saber: el pésimo estado de la limpieza de los bosques, especialmente después de las nevadas del invierno pasado y las inundaciones que asolaron a extensas partes del países en años anteriores.

Hay muchos propietarios privados que no cuidan en absoluto la limpieza de sus bosques porque sólo les interesa la rentabilidad inmediata de su explotación. Incluso algunos ven con buenos ojos un incendio que les permite especular con el terreno.

Pero lo más importante es la miopía o la inoperancia de muchos poderes públicos, incapaces de prever nada ni de tomar las mínimas medidas necesarias de protección, frente a un peligro generalizado de incendios anunciado por todos.

En el caso de Cataluña, donde se han producido los incendios más importantes y devastadores, la cuestión ha dado lugar a una importante polémica. Con la autonomía, todos los servicios de prevención y de extinción de incendios han sido traspasados a la institución autonómica, la Generalitat. Era visible que las inundaciones y las grandes nevadas del pasado invierno habían creado una situación muy peligrosa, agravada por la gran sequía padecida desde hace meses.

Pues bien, la Generalitat catalana casi no tomó ninguna medida para prevenir el peligro de incendio, cuando la tomó lo hizo tarde y mal y cayó en corruptelas bastante míseras y muy peligrosas, como por ejemplo, la de utilizar los grupos de limpieza de bosques creados con trabajadores en paro para trabajos en fincas privadas de propietarios políticamente afines.

Cuando los avisos se convirtieron en tràgicas realidades y los incendios

asolaron el territorio catalán los propios responsables de la Generalitat ocultaron sus responsabilidades y escurrieron literalmente el bulto cargando las culpas al Gobierno central o atribuyendo los incendios más espectaculares a la mano criminal de grupos de extrema derecha enemigos de Cataluña.

Con ello no sólo eludían las críticas sino que seguían una vez más la línea clásica de un cierto nacionalismo, consistente en atribuir todas las cosas que van mal a la mano oculta de un enemigo exterior inmutable. De esta manera no sólo dejaban a los dirigentes de la Generalitat libres de toda crítica sino que les reafirmaban como únicos representantes auténticos del pueblo catalán frente a un adversario exterior implacable.

Como en todos los grandes acontecimientos colectivos, también en en la cuestión trágica de los incendios ha aparecido pues el transfondo político. Es cierto que en la fase actual de funcionamiento de los autonomías muchas cosas están mál resueltas y muchas competencias se han distribuído confusamente. A menudo no está claro a quien corresponde tal o cual cosa y eso da lugar a polémicas y enfrentamientos. Pero cuando ocurren grandes catástrofes colectivas, como las inundaciones o los incendios, la falta de claridad sobre las competencias tiene efectos trágicos, porque sino hay claridad hay pasividad. Y la pasividad en los momentos en que se requiere rapidez de acción es terriblemente perniciosa. Por consiguiente, tanto en lo que se refiere a la lucha contra las catástrofes como al resarcimiento de los daños producidos y la asistencia a la población perjudicada,los poderes públicos ,centrales y autonómicos, deben poner por encima de todo su voluntad de entendimiento y de cooperación. En estos momentos es cuando se pone realmente a prueba la eficacia del sistema de autonomías y se consolida o no su legitimidad y su popularidad.

La explotación nacionalista de estas situaciones -- como la que han realizado algunos altos exponentes de la Generalitat de Catalunya -- es igualmente nefasta,porque en vez de propiciar la colaboración de todos los poderes en beneficio de los ciudadanos, tiende a potenciar el conflicto, el enfrentamiento, la desviación de responsabilidades y la radicalidad de las posiciones enfrentadas.Esto puede ser útil para los propósitos políticos de los dirigentes nacionalistas pero es nefasto para los ciudadanos en general.

Cuando la catástrofe acecha todos los llamamientos a la responsabilidad y a la cordura son poco. Pero los primeros a los que deben dirigirse son los responsables políticos, cuyo principal deber es estar al servicio de los ciudadanos con hechos y no con palabras. Lo ocurrido en Cataluña debe hacernos meditar a todos.